

OGAI MORI

# EL GANSO SALVAJE

TRADUCCIÓN DEL JAPONÉS  
DE LOURDES PORTA

BARCELONA 2009



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL 雁

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A. U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© de la traducción, 2009 by Lourdes Porta  
© de esta edición, 2009 by Quaderns Crema, S. A. U.

Todos los derechos reservados:  
Quaderns Crema, S. A. U.

ISBN: 978-84-92649-15-0  
DEPÓSITO LEGAL: B. 36 812-2009

AIGUADEVIDRE *Gràfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2009*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## CONTENIDO

Capítulo I, 7	—	Capítulo II, 13
Capítulo III, 17	—	Capítulo IV, 19
Capítulo V, 25	—	Capítulo VI, 29
Capítulo VII, 35	—	Capítulo VIII, 41
Capítulo IX, 47	—	Capítulo X, 53
Capítulo XI, 57	—	Capítulo XII, 65
Capítulo XIII, 71	—	Capítulo XIV, 77
Capítulo XV, 83	—	Capítulo XVI, 89
Capítulo XVII, 95	—	Capítulo XVIII, 101
Capítulo XIX, 105	—	Capítulo XX, 115
Capítulo XXI, 125	—	Capítulo XXII, 135
Capítulo XXIII, 143	—	Capítulo XXIV, 149

Glosario, 155

Es una vieja historia. Recuerdo por casualidad que ocurrió en el año 13 de Meiji. La razón por la cual sé la fecha con tanta exactitud es porque yo, en aquella época, vivía pared por medio con el protagonista de la historia en una pensión llamada Kamijô, emplazada justo frente a la puerta de hierro de la Universidad de Tokio. Y, cuando la pensión ardió en el año 14 de Meiji a causa de un incendio originado en la misma, yo fui uno de los que perdieron en el siniestro todas sus posesiones. Por ello recuerdo que estos sucesos pertenecen al año anterior.

Los huéspedes de Kamijô eran, en su mayoría, estudiantes de la Facultad de Medicina y, en lo que se refiere a los otros, había algunos pacientes del hospital anexo a la universidad. Por lo general, en todas las pensiones hay un huésped que goza de mayor predicamento que el resto, uno que se distingue por su riqueza y su sagacidad. Uno que, al atravesar el corredor, jamás olvida dirigir un saludo a la patrona acurrucada tras el brasero. Y que incluso se sienta a veces al otro lado e intercambia algunas palabras con ella. Uno que le pide que le prepare algo para picar cuando bebe en su cuarto con sus amigos fingiendo abusar de la buena disposición de la mujer, cuando lo único que hace es reportarle unos ingresos suplementarios. Es normal que alguien así goce de una gran influencia y que, a cambio, saque buen provecho de ello. Sin embargo, el huésped merecedor de respeto en Kamijô, ése que vivía pared por

medio conmigo, era un hombre de una naturaleza completamente distinta.

Se trataba de un estudiante llamado Okada y estaba en un curso inferior al mío, lo que quiere decir que le faltaba poco para terminar sus estudios. Para explicar qué tipo de hombre era Okada debería referirme, en primer lugar, a su característica más sobresaliente y definitoria. Y ésta no era otra que su apostura. No era, sin embargo, uno de esos hermosos muchachos de pálida faz y silueta alta y desgarbada. Okada tenía buen color de tez, y era de complexión robusta. Pocos hombres he visto tan guapos como él. Por poner un ejemplo, diré que años más tarde obtuve la amistad, cuando aún era joven, de Kawakami Bizan. Del Kawakami escritor, que acabaría cayendo en la miseria y teniendo una muerte trágica. Pues bien, él, cuando yo lo conocí, se parecía un poco a Okada. Salvo que este último, que entonces practicaba el remo, tenía una complexión más fuerte que Kawakami.

Unas bellas facciones son una buena carta de presentación para cualquiera. Pero, por sí solas, no garantizan gozar de prestigio en la pensión. Sin embargo, por lo que respecta a su carácter y a su proceder, pocos estudiantes llevaban una vida tan ordenada como Okada. No era de los que luchan cada semestre para alcanzar las mejores calificaciones, de los que persiguen las matrículas de honor. Se esforzaba en su justa medida, aunque jamás se situaba por debajo de las posiciones medias de la clase. A la hora de divertirse, seguro que se divertía. Después de cenar, acostumbraba a dar un paseo y podías jurar que regresaría antes de dar las diez. Los domingos, o bien se iba a remar, o bien salía de excursión. Excepto cuando pasaba la noche en Mukôjima con

sus compañeros de escuadra antes de las regatas, o cuando regresaba a su pueblo por las vacaciones de verano, jamás diferían las horas en que mi vecino se encontraba en su habitación o se ausentaba de ella. Cuando alguien olvidaba ajustar su reloj al disparo de la señal horaria del mediodía, iba a preguntar la hora al cuarto de Okada. E, incluso en algunas ocasiones, el reloj de recepción de Kamijô se ajustaba a la hora que marcaba el reloj de bolsillo de Okada. Cuanto más observaban su proceder, más convencidos se sentían quienes lo rodeaban de que Okada era una persona digna de confianza. Éste fue el motivo de que la patrona de Kamijô empezara a alabarlo, aunque él no se deshiciera en halagos con ella ni tampoco gastara a manos llenas. Por supuesto, el hecho de que cada mes pagara religiosamente el hospedaje contribuyó en gran medida a ello.

—¡Fijaos en el señor Okada!—se le oía decir a menudo.

—Es que yo no puedo ser como Okada, ¿sabe usted?—decía algún que otro estudiante anticipándose a sus palabras. Y, de este modo, Okada acabó convirtiéndose en el huésped modelo de Kamijô.

En su paseo diario, seguía siempre una ruta determinada. Tras descender la solitaria pendiente de Muenzaka, se dirigía hacia el norte bordeando el estanque Shinobazu, donde desembocan las aguas del Aisome-gawa, parecidas a la tintura negra para los dientes, y deambulaba sin rumbo por las colinas de Ueno. Luego, pasaba por Hirokôji, con las fondas Matsugen y Gannabe, atravesaba Nakachô, con sus bulliciosas callejas, penetraba en el recinto del santuario Yushima Tenjin, doblaba la esquina del sombrío templo Karatachi-dera y regresaba. Aunque, en ocasiones, torcía a mano derecha en Nakachô y volvía por Muenzaka. Éste era

uno de sus itinerarios. En otras ocasiones, sin embargo, atravesaba el recinto de la universidad y salía por el Portal Rojo. Como la puerta de hierro cerraba pronto, salía por la puerta de Nagaya, la vía de acceso de los pacientes del hospital. Más adelante, ésta sería demolida y construirían una nueva, la puerta negra, la que hoy se sitúa al fondo de la calle Harukichô. Pues bien, tras atravesar el Portal Rojo, caminaba por la calle Hongô-dôri, pasaba por delante de la tienda de pastelillos frente a la cual machacaban el mijo al son del tambor y del laúd y entraba en el recinto de Kanda Myôjin. Bajaba hacia el puente Megane-bashi, todavía nuevo en aquella época, y caminaba despacio por Yanagihara, con sus casas alineadas a un lado de la calle. Luego, volvía a Onarimichi, penetraba en alguna de las estrechas callejuelas del lado oeste y, asimismo, acababa saliendo a Karatachi-dera. Ésta era la ruta alternativa. Contadas veces seguía otro camino.

Durante sus paseos, Okada no hacía más que ojear las librerías de viejo. En Ueno-Hirokôji y Nakachô todavía hoy quedan dos o tres de aquella época. En Onarimichi, las librerías siguen igual que antes. En Yanagihara, han desaparecido por completo. Y, en Hongô-dôri, la mayoría ha cambiado de dueño y de emplazamiento. Que Okada saliera sólo en contadas ocasiones por el Portal Rojo y torciera luego a mano derecha se debía a que Morikawachô era un barrio de callejuelas angostas y asfixiantes, difícil de transitar, pero, indudablemente, otra de las razones era que, en aquella época, había una única librería de viejo en su lado oeste.

El hecho de que Okada curioseara por las librerías de viejo se debía, empleando un término moderno, a que era

aficionado a la literatura. Con todo, en aquella época, aún no habían surgido ni la narrativa ni el teatro modernos y, en el terreno de la poesía lírica, todavía no habían nacido ni los *haiku* de Shiki ni los *waka* de Tekkan, por lo cual todo el mundo leía revistas como *Kagetsu Shinshi*, estampada en papel importado de China, o como *Keirin Isshi*, impresa en papel blanco chino, y el no va más del refinamiento en aquella época lo representaba la poesía romántica *kôren* de Kainan o Mukô, entre otros. También yo era un apasionado lector de *Kagetsu Shinshi* y por eso lo recuerdo: fue esta revista la que publicó la primera traducción de una obra occidental. Si mal no recuerdo, narraba la historia de un estudiante occidental asesinado en el camino de vuelta a casa y fue traducida al estilo coloquial por Kanda Takahira. Creo que fue la primera novela occidental que leí. En aquella época, lo único que podía hacer un amante de la literatura como Okada era leer con avidez las vicisitudes de aquel nuevo mundo narradas en estilo clásico chino.

Yo era una persona de natural poco sociable y, a no ser que tuviera algún asunto concreto que tratar, no solía entablar una conversación con los estudiantes con quienes me encontraba en el recinto de la universidad. Incluso por lo que respecta a los huéspedes de mi misma pensión, sólo en contadas ocasiones me descubría ante ellos en ademán de saludo. Fue sólo gracias a las librerías de viejo por lo que llegué a trabar amistad con Okada. A diferencia de éste, en mis paseos yo no seguía una ruta determinada, pero, como era muy andariego, me dirigía, en sentido longitudinal, de Hongô a Shitaya, continuaba hasta Kanda y, en cuanto veía una librería de viejo, me detenía. Y, en estas ocasiones, solía toparme con Okada a la entrada de la tienda. «¡Vaya!

Tú y yo siempre nos acabamos encontrando en las librerías, ¿eh?»: éstas fueron las primeras palabras amistosas que nos dirigimos el uno al otro, aunque no recuerdo cuál de los dos las pronunció.

En aquella época, en la esquina al pie de la colina de enfrente del santuario Kanda Myôjin, había una librería de viejo que mostraba los libros en un expositor con el borde doblado en forma de gancho. Un día descubrí en ella un ejemplar importado de China de *Kinpeibai* y, al preguntarle el precio al dueño, éste me respondió que valía siete yenes. Cuando le pedí que me lo vendiera por cinco, repuso:

—Hace un rato, el señor Okada me ha ofrecido seis, y he rehusado.

Por una casualidad, disponía del dinero, así que se lo compré por el precio que me pedía.

Unos días después, cuando me encontré a Okada, éste me dijo:

—¡Eh tú, bribón! Yo le había echado el ojo al libro primero.

—Es que el dueño de la tienda me dijo que no os habíais puesto de acuerdo en el precio. Pero si quieres, te lo vendo.

—¡No! ¿Para qué? Estás en el cuarto de al lado. Cuando lo acabes de leer, me lo dejas y en paz.

Asentí contento. Y, de este modo, Okada y yo, que habíamos sido vecinos durante largo tiempo sin tratarnos, empezamos a visitarnos con frecuencia el uno al otro.